

AUTOBIOGRAFÍA PARCIAL LITERARIA

Por FRANCISCO MORALES PADRÓN

Fueron los años del bachillerato testigos de una lectura descontrolada, para cuya comprensión carecíamos de formación libresca, leía en la Biblioteca del Museo Canario, leía desordenadamente libros con olor a rancio que nos embriagaban, Lo mismo leía la *Odisea*, la *Iliada* o *La Divina Comedia*, así como a Lamartine, a Berceo, al Arcipreste de Hita, *Las Novelas Ejemplares* de Cervantes, Atala, René, Historia del último Abencerraje... Son títulos que me viene ahora a la memoria y que no sé si están citadas correctamente. Recuerdo muy especialmente la edición en Clásicos españoles *En la Paz del Sendero* de Ramón Pérez de Ayala, cuya primera estrofa repetía hasta la saciedad: *Con sayal de amarguras, de la vida romero; // topé tras luenga andanza con la paz de un sendero. // Fenecía del día el resplandor postrero. // En la cima de un álamo sollozaba un jilguero...* La inicial intención de mi escrito era realizar un itinerario personal por la lírica, subrayando lo habitual que es el conocimiento de composiciones de las que hemos retenido en la memoria un estribillo, y como en nuestra época versos de poetas famosos han sido popularizados por la canción de jóvenes conocidos por cantautores. El propósito ha quedado sobrepasado como el mismo título de estas páginas indica. No se redujo a una peregrinación por la lírica, sino por la literatura, en lo que a mi formación cultural se refiere. Por eso creo que habría que continuar el hilo de nuestra exposición para decir algo de lo que la prosa o la novela influyeran en mi persona-

lidad. Ya he referido algunas de las lecturas que por instinto hice durante el bachillerato.

El ámbito cultural, especialmente en lo tocante a lecturas, fue ampliado con los años; sin contar con un director orientador. Aumentó la nómina de autores precisos de conocer por exigencias de los estudios universitarios. Algunos formaban parte del grupo de los destacados; otros quedaron rezagados en mi interés. Ocuparon mi atención una serie de autores que constituían el meollo como los denominados Generación del 98. De ellos y de mi curiosidad, así como por los críticos a los que leía, llegaron hasta mí nuevos nombres y cuando ingresé en la Universidad lo hice en compañía de Bécquer, Valle Inclán, Azorín, Miró, Ortega, Pérez de Ayala, Machado, Baroja y Unamuno. A Gustavo Adolfo lo había leído durante el Bachillerato en sus rimas y, sobre todo, en sus Leyendas publicadas en una revista semanal con ilustraciones, creo, de Saenz de Tejada. Mi primera salida del dogal que atenazaba a mi isla lo hice hacia La Laguna, cuyo ambiente invernal me recordaba al que el escritor gallego describía en sus famosas *Sonatas*. La prosa de don Ramón María, con su famoso tresillo de adjetivos, me fascinó. El comportamiento del Marqués de Bradomín, *católico, feo y sentimental* seducía como si de un Casanova se tratase. Los salones, las cortinas, los amores de algunas de sus mujeres, los espejos, los rayos de sol moribundo penetrando en la oscuridad *como la lanza fatigada de un Dios antiguo...* evocaban escenarios familiares, incluso el olor de los membrillos colocados entre las ropas por mi madre. Algo de aquella tramoya se vino abajo cuando leí *Crítica profana* de Julio Casares. Con todo, he continuado disfrutando con las *Sonatas* y especialmente he valorado *Tirano Banderas*, la obra que para mí como americanista, constituye un hito en la historiografía sobre la figura del dictador, retrato que ningún otro autor ha conseguido mejorar.

Me deleitaba la lectura de Azorín, por lo que dice Ortega y Gasset: *en Azorín no hay nada solemne, majestuoso o altisonante. Es todo lo contrario de un 'filósofo de la historia', en sus renglones lo pequeño ocupa el primer rango, y lo grande, lo monumental queda reducido a un breve ornamento.* Modelo de esta sencillez es el consejo de Azorín sobre el saber escuchar: *Una de las artes más difíciles es saber escuchar. Cuesta mucho hablar bien; pero*

cuesta tanto el escuchar con discreción. Entre todos los que conversan, unos no conversan, es decir, se lo hablan ellos todo; toman la palabra desde que os saludan y no la dejan; otros, sí la dejan, os acometen con sus frases apenas habéis articulado una sílaba....

Las estampas que Gabriel Miró ofrece en *Figuras de la Pasión*, rebosantes de luz y exotismo, me sedujeron tempranamente. Transmiten con plasticidad todo lo que es la tierra de Palestina con la figura imposible de mejorar del Rabbí de Nazaret. Ya el inicio de la primera estampa tira por uno: *Levantaron las mujeres sus ojos al azul de la tarde, y prorrumpieron en palabras de júbilo y bendiciones al Señor. Muy alto, entre Cafarnaum y Bethsaida, venía el gracioso triángulo de una bandada de grullas. Doce aves vio María Salomé. Y las contaba con nombres: Mateo, Tomás, Felipe, Bartolomé, Simón el Zelota, Santiago el Menor y su hermano Judas, Simón Kefa y Andrés su hermano, y Santiago y Juan. ¡La de la punta, el Rabí! ¡Sus hijos, sus hijos volaban al lado de la grulla cabecera!*

Ortega y Gasset me interesó como ejemplo de lo difícil podía expresarse con claridad y sencillez, por su estilo y por su fondo filosófico sirviéndome de modelo al desplegar mi actividad como escritor: *Mis memorias -nos dijo- contarán también, junto a mi vida efectiva, las que pude vivir, vidas desnucadas antes de nacer, pobres existencias que para siempre quedaron exangües sin ser cumplidas, espectros errabundos que son nuestro múltiple ser fracasado. No se trata de abstractas posibilidades, sino que cada ser humano lleva en torno al núcleo de su existencia efectiva un elenco concreto, individualismo de otras posibles vidas suyas y sólo suyas.*

A principios de siglo se desata una importante polémica anticlerical, antijesuita, por culpa del carlismo, los privilegios educativos de la Iglesia, y los grandes colegios alzados por la Compañía, en muchos de los cuales estudiaron Ortega, Azaña, Juan Ramón, Azorín y Pérez de Ayala causantes de esta actitud antijesuita, que el último autor mencionado recogió en la novela *A.M.D.G.* de excelente prosa, pero duro texto crítico a la pedagogía de la Compañía, muy en la línea de las obras *Electra* de Galdós y el *Jardín de los frailes*, de Azaña, que figuran mencio-

nadas por Pérez de Ayala, sin que faltasen aportaciones de valor defendiendo la labor educacional de la Compañía. El panorama pedagógico que Ramón y Cajal narra en su obra *Mi infancia y juventud* recuerda un sistema semejante al descrito por Pérez de Ayala en su obra *A.M.D.G.*

De Machado rendí culto al autor de *Juan de Mairena*, al de las *Soledades*, al de *Campos de Castilla de Castilla...* al de Leonor, cuya tumba he visitado en dos ocasiones; he repudiado al poeta de los escritos políticos y panfletarios, al del romance infantil *La primavera ha venido del brazo de un capitán... o La primavera ha venido y don Alfonso se va...* o *La República se ha ido. Nadie sabe como ha sido.*

Miguel de Unamuno, ahora un tanto silenciado, lo leímos algo forzados pues su prosa no era de nuestro gusto; nos convenía en él la ausencia de un vasquismo patológico incapaz de proclamar como él lo hizo: *Es hermoso, grandilocuente y sonoro el idioma castellano, idioma que lo mismo requiebra que alienta a la pelea; pero es suavísimo el bable; vigoroso, el catalán; el andaluz, muelle y gracioso; vivo, nuestro euskara, y melancólico y dulce, el gallego....*

De Baroja nos gustaba la acción, el sinnúmero de sus personajes, su mala sintaxis, su afirmación, de que *la historia de España está por hacer, la actual no es mas que una novela pesada sin ningún valor.* Estábamos a su lado en su concepto del libro histórico, siempre en un segundo plano en relación con el libro de ficción realista en cuanto a testimonio de época, ya que, *la historia es una rama de la literatura que está sometida a la inseguridad de los datos, a la ignorancia de la causa de los hechos y a las tendencias políticas y filosóficas que corren por el mundo.* A Baroja pertenecía la primera novela que pude comprar en una librería de viejos de la calle Muro, con mi dinero de estudiante: *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.*

Al margen de autores que fueron clave en mi formación queda la figura de Blasco Ibáñez, sin que este significara nada para el aspecto formal de mi personalidad literaria. Me es imposible ahora toda referencia a cuando y porqué leí media docena de novelas debidas al autor valenciano. Este autor, influenciado por Hugo y Zola, nos atraía por la pintura que hacía del costumbrismo

de su tierra, por sus descripciones de desnudos femeninos, que lo hacía en ocasiones tremendamente erótico, y por su narración de viajes y propias experiencias. Ello lo convertía en una especie de escritor prohibido, y quizás por ello leímos aquellas sus novelas de quien nos resultaba instintivo, muy politizado, independiente y ajeno a cualquier clase de tertulias. Blasco fue un escritor que despertó un interés mundial, que repercutió hasta en Hollywood (*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Sangre y Arena*, *Rodolfo Valentino*). Muerto en Francia, la repatriación de sus restos constituyó una auténtica apoteosis, y tal vez por entonces fue cuando yo, a través de publicaciones revisteriles, supe de él.

Circunstancialmente, desaparecido ya Blasco Ibáñez de mi interés, en los años 50 viajé a Valencia, invitado por el colega José Llavador para gozar de la fiesta locales. En su compañía y en la de un hermano suyo, visité el edificio de lo que fuera la editorial Prometeo, fundada por Blasco Ibáñez, en cuyo despacho pude contemplar una bella ánfora griega que el hermano de mi amigo, que había comprado el citado edificio, no dudó en regalarme ante mi sorpresa y admiración. Ella hoy decora mi residencia veraniega junto al mar onubense de Punta Umbría. De nuevo, coincidí con el novelista valenciano cuando visitando La Habana por cuarta vez en 1994, encontré y compré en un puesto de libros radicado en la plaza donde se alza la Capitanía General de Cuba las primeras ediciones de *En busca del Gran Khan*, *El caballero de la Virgen* y *La vuelta al mundo de un novelista*. Las primeras me había interesado siempre por ser novelas históricas de Blasco muy relacionadas con mi especialidad. La anécdota referida la traigo a colación cual testimonio de la enorme sangría cultural sufrida en algunos países como Cuba o la Argentina y que ha permitido a conocedores de lamentables situaciones económicas, adquirir innumerables bibliotecas privadas.

Me hubiera complacido conocer a muchos de estos autores, pero he de conformarme con haber tratado, y que no es poco, a Juan Ramón Jiménez. ¿Cómo ocurrió ello?¹ En el año 57 viajé a

1. Parte de lo que aquí se dice forma parte de un artículo titulado "El último Juan Ramón" publicado en "La Estafeta Literaria. Madrid, 1 febrero 1958" y que se glosa parcialmente en el tomo III del *Diario de Zenobia*, Alianza Editorial, 2006 Pág. 387-8.

Puerto Rico pasa asistir a un congreso, portando papeles que el ayuntamiento de Moguer remitía al poeta. Fue un día en que no lo esperaba, como dijo Rabindranath Tagore, una mañana, bajo las frondas del tropical Campus de Río Piedras, y sin que faltase el canto del coquí, encontré a Juan Ramón en la “Casita de huéspedes” de la Universidad puertorriqueña. Descansaba sentado, con la cabeza hundida en el pecho. Vestido de oscuro. En torno a él la señora del Rector, la simpática señora Mendoza; Connie Saleva, secretaria del Rector y ex secretaria de Gabriela Mistral, y la enfermera del poeta, la señorita Guzmán. Las mujeres hablaban, y Juan Ramón escuchaba. Muy cerca, sin darnos cuenta del visitante, estábamos los habitantes de la Casita, cuando me indicaron al poeta. Le veía de perfil. Fui hacia él y me presentaron. Sonó la voz del tercero diciendo que yo era de Moguer...

-¿Es de Moguer?— preguntó el poeta, alzando ligeramente la cabeza, serio, con recelo... -No, no soy de Moguer. Vengo— contesté— de Moguer y le traigo un mensaje de su pueblo—. ¡Ah!, exclamó para comenzar un silencio que ya no interrumpió. La respiración se le hizo más convulsa. Dominaba un fuerte calor. Las mujeres le miraban con una sonrisa maternal. Juan Ramón respiraba agitado. Le había impresionado que yo fuera de Moguer, según me dijo luego Miss Connie Saleva. Con la cabeza inclinada, actitud muy suya ahora, rumiaba Dios sabe qué recuerdos. Las mujeres reiniciaron la charla y Juan Ramón Jiménez quedó solo con su cabeza agachada.

Volvió otro día a la Universidad y no lo vi. Yo había ido con un amigo puertorriqueño al viejo cementerio de San Juan a ver la tumba de Pedro Salinas. Junto al mar, cobijada por leprosas murallas de viejas fortificaciones del imperio, se alza apenas la tumba de mármol gris del gran poeta muerto lejos de su patria. ¿Por qué? Sentí angustia. Años atrás, también junto al mar, vi la tumba de otro poeta hispano: Antonio Machado. En Collioure, rozando al Ampurdán por el lado del mar latino, descansa el sencillo Machado esperando que lo lleven a la patria tan cercana y tan lejana. Aquí en las Antillas, cara al amplio Atlántico, reposa Salinas. Collioure, humilde, bello, pescador con olor a mar y a historia... San Juan de Puerto Rico, “ciudad murada”, moderna, la del cordero echado, abierta al mar de las sorpresas... Dos tumbas, dos poetas de España sin España.

Antes de abandonar San Juan, quise volver a visitar a Juan Ramón. Lejos, en Hato Tejas, vive el poeta recluso en una clínica. Ni yo, ni mi buen amigo Rodolfo Barón Castro, sabíamos si sería posible ver al poeta. Tampoco el caballeroso don Sebastián García González, Decano de Humanidades, que nos facilitó el auto para llegar hasta Hato Tejas. Pero al siguiente día salíamos para Ciudad Trujillo y había que hacer lo imposible por entregarle a Juan Ramón los papeles que yo le traía de Moguer.

San Juan, en esas mañanas suyas congestionadas de tráfico, se fue quedando atrás. Hato Tejas se acercaba por una carretera llena de anhelo. Llegamos. La fachada de la clínica, rodeada por una verja y un andén para autos, se asomaba a la misma carretera principal. Cerrada, hostil. Sin aire moderno en la construcción. Tocamos y tocamos. Nadie contestaba a nuestras llamadas. Por fin alguien, una, dos tres cabezas de hombre hablaron por una ventana baja y nos indicaron la puerta que subía por una escalerita exterior que moría en un minúsculo vestíbulo en el cual un enfermero examinaba ciertos paquetes. A la izquierda una habitación despacho; al frente un pasillo en penumbras que terminaba en un patio lleno de luz.

- *¿Don Juan Ramón? ¿Lo podemos ver?*

- *No sé; ahora mismo estaba en el patio paseando. Esperen llamaré a la enfermera.*

Sonriente, bonita, apareció una enfermera joven a quien volvimos a exponer nuestro deseo. Somos españoles, estamos de paso, y deseamos ver a Juan Ramón Jiménez.

- *No sé si es posible. Lo consultaré* – Y desapareció para volver al rato con esta extraña respuesta: *Se lo vamos a bajar.* Si no lo hubiera yo visto días antes, hubiera hecho miles de elucubraciones sobre la salud del Premio Nobel. Yo le había visto y sabía que estaba bien. Sabía, también, por Connie Saleva que me atendió gentilmente en el antedespacho del Rector, que Juan Ramón había estado hecho una auténtica calamidad humana. Tras la muerte de Zenobia se había encerrado en su habitación, con las ventanas cerradas. Durante un año no salió, ni se cuidó de su persona. Daba lástima. La señorita Saleva, que actúa igualmente como secretaria del poeta, le hablaba desde una habitación cercana y sólo la enfermera podía entrar en su cuarto. Había que cambiarle las ropas a la

fuerza. Daba pena. Quería morirse. Pero un hábil pero duro tratamiento –me contaron– le había vuelto al mundo. Y el poeta se recuperó físicamente. Yo lo he visto, y Miss Saleva me ha encargado con simpatía que transmita a la familia del poeta el magnífico estado en que se encuentra y lo que ha hecho por él para traerlo a la vida.

De pie sentíamos pasar los minutos largos y ansiosos. ¿Bajaría?

Del patio, inundado de sol, se aproximaba la figura encorvada de Juan Ramón Jiménez apoyada levemente en la blanca figura de la enfermera. Serio, interrogante sin interrogar, nos miró el poeta y con una voz baja nos invitó a sentarnos.

No recuerdo cómo comenzó la conversación. El poeta, vestido de oscuro, con la corbata floja en su nudo –denotando que se lo hacen–, su barba ya blanca y ese mirar que pintó Vázquez Díaz, nos preguntaba en el rincón del vestibulito. La enfermera joven, que no es la habitual suya, se retiró a la habitación cercana.

Yo le entregué los papeles y fotos que traía, le hablé de mi buen amigo Gorostidi, Alcalde de Moguer y alma del mensaje... Lentamente miró las fotos. No se alteró ni un ápice. Eran fotos de las tumbas de sus padres. Moguer, su pueblo, le ofrecía un lugar donde reposasen Zenobia y él cuando Dios en su día lo llame. Luego comenzó a leer la carta de la alcaldía. Levantó los ojos y me dijo: *Lo veré luego*. Y nos preguntó por nosotros, qué éramos, qué hacíamos en Puerto Rico, a dónde íbamos. Barón Castro, diplomático salvadoreño, y español de sentimientos, le explicó todo. Le hablamos de La Rábida, de nuestra Universidad de Verano, de Moguer y del homenaje que anualmente la Universidad le hace al poeta en Fuente Piña. Barón Castro, que había sido este año precisamente quien cerró el acto, volvió a revivir el homenaje de Fuente Piña. Juan Ramón escuchaba callado. Y yo, mirándole a él y escuchando a Barón, di vida en mi mente a aquel atardecer espléndido, cien por cien juanramoniano. Yo me imaginaba a Moguer, entre los pinos y las viñas, con ligeras columnas de humo al cielo y el cielo multicolor al fondo, más allá de la ría... Juan Ramón escuchaba ¿Qué sentiría?

Se siguió hablando de cosas más antiguas; de una visita que Barón le hizo cuando era más joven... Por cierto que Barón se equivocó al citar la calle de Madrid donde vivía el poeta y éste,

rápido, le corrigió. Se barajaron nombres de personas por las cuales Juan Ramón Jiménez preguntaba, y Barón Castro piadosamente le decía que vivían... Pero algunos ya estaban más que muertos.

La entrevista se prolongaba. Yo entonces, anhelante por saber dos cosas, le dije a Juan Ramón Jiménez: *Me agradaría llevar algo a Moguer, para Moguer, de usted. Allí siempre están deseando recibir algo suyo, cualquier cosa...* . Llena de nostalgia y de infinita tristeza sonó la respuesta de Juan Ramón Jiménez: *¿Qué voy yo a enviar a Moguer? Mi corazón, mi alma toda está en Moguer...* . No esperaba tal contestación y sentí un escalofrío que me atolondró. Torpemente le insistí, diciéndole... *Me agrada- ría llevar algún libro suyo, una última edición...* . Y el volvió a explicarme que no tenía nada consigo, que todo estaba en Río Piedras, en el Seminario de la Universidad que llevaba su nombre y el de Zenobia.

Varias veces había yo estado en dicho Seminario. Está junto al de don Federico de Onís, en la planta baja de la Biblioteca Universitaria. Una señorita encargada, muy simpática, me atendió siempre y me explicó muchas cosas. Allí estaba todo el mundo de objetos personales de Juan Ramón Jiménez y de Zenobia. Una lámpara, un Platero de trapo, una figura, libros dedicados, dibujos de Platero, originales, ediciones en todas las lenguas de sus versos, Platero trotando en todos los idiomas... Y una vieja gramola cuya tapa había sido herida por el poeta al morir Zenobia. Con un estilete la había tatuado con Zetas rabiosas y temblorosas, las cuales rodeaban a un corazón grabado con el mismo objeto por Juan Ramón Jiménez en el centro de la tapadera. ¿Qué pensó al terminar su tarea? Porque con ira clavó el estilete en el mismo corazón y rompió la vieja tapa... Todo en el Seminario estaba desordenado, tal y como lo dejó Zenobia al morir. Ella lo arreglaba entonces, pero él ya no quiere variar nada. Y allí se amontonan las cosas. Entre ellas vi aun día a Juan Ramón Jiménez sentado firmando lentamente una maravillosa y última edición que se ha hecho de *Platero y yo*.

Nos debíamos ir. Juan Ramón se mostraba fatigado. Habíamos hablado mucho. De nuevo volví a preguntarle por algo que deseaba, a toda costa, saber: *¿Por qué no vuelve usted a España? Todos le esperan. Todos le quieren. En Moguer han arreglado su casa para cuando usted vuelva.*

Con la gravedad y tristeza de siempre me dijo: *Yo no puedo volver, yo soy un prisionero. ¿De quién?... Tal vez del recuerdo de Zenobia. Diariamente va a su tumba a hablarle y a llorar. Otra tumba fuera de la patria, en un camposanto –me han dicho– que Juan Ramón detestaba porque le parece un cementerio de perros.*

Antes de irnos nos hicimos unas fotos con él. Cariñosamente apretó nuestras manos y con cada uno se retrató así. Salió al exterior a despedirnos, conducido por una enfermera, y levantó su mano en un adiós de melancolía. La máquina se disparó de nuevo para recoger el gesto juanramoniano. Y, sin volvernos más, caminamos en silencio hacia San Juan.

A los pocos meses, volví a encontrarme con el poeta ex-puesto en la iglesia universitaria de Sevilla, camino de aquel Moguer donde se hallaba su corazón. Nos decía adiós sin mover la mano. Mi contacto personal con Juan Ramón coincidió con mi primera experiencia americana, y aunque ello sea adelantarnos en la cronología, no hemos podido evitar relatar cómo fue ésta. Lo mismo que ahora no puedo evitar la visión de otro poeta en el mismo escenario. Años más tarde, en 1964, encontrándome nuevamente en la Universidad de Puerto Rico explicando un cursillo, coincidí con otro notable poeta, Jorge Guillén. Estábamos codo con codo en el gran comedor con autoservicio y no me atreví a interrumpirle. Vuelto a mi habitación consigné en mi diario: *Junto a mi el poeta Jorge Guillén y señora. ¿Es la señora? Ella le habla en italiano y él come un platito de leche con una sopita que viene en una cajita. Lluve torrencialmente. Guillén es un hombre alto, casi calvo, con gafas y gesto serio. Vestido de marrón con camisa sin corbata. Ayer llevaba un sombrero de tela minúsculo de colores. Ella le recoge de la barba unas gotas de leche, pero él no le deja. Al hablar él hace muchos ademanes de arriba abajo con las manos subrayando lo que dice.* Un tercer poeta a situar en el mismo escenario borinqueño sería Pedro Salinas, cuyo cuerpo yace en el viejo cementerio junto a las viejas murallas, y al que rendimos un recuerdo en dos ocasiones, una de ellas acompañado de un grupo de nuestros alumnos sevillanos.

Distraídos por la presencia del Premio Nobel y otros señores del lenguaje, nos apartamos de nuestro hilo mental al que nos

encontrábamos alimentando por obras y autores conformadores de nuestra personalidad literaria. Sigamos el recorrido.

Paradójicamente a mí como canario, Pérez Galdós no me interesó y, lo confieso, únicamente leí tres títulos, como tampoco me interesó Walter Scott, el de las novelas históricas. Denominación dada en la actualidad a unos relatos que no son sino historias “noveladas”. En cambio si fui un adepto a las novelas de acción y desde muy joven me atrajeron Julio Verne, Alejandro Dumas, Zane Grey, James Oliver Curwood, el detective Sexton Blake y su ayudante Tinker, Sherlock Holmes, los Hombres Audaces, Simeon, Ágatha Christie, etc. Me entusiasmaban los descubrimientos o las aventuras de Amundsen en el Polo Norte, el drama de Scott, la figura del Livingstone y recuerdo perfectamente que en la escuela me absorbía la lectura de *Las Minas del rey Salomón* de H. Rider Haggard. No conocí a Emilio Salgari ni a Mallorquí o, mejor dicho, sí los conocí sin leerlos, pero no me atrajeron.

Fue entonces también cuando me familiaricé con los escritores rusos como Gogol, Dostoievsky, Chejov... y otros muchos que no eran rusos, como Stendhal, Balzac, Dickens, Lamartine y algunos muy modernos como Zweig, Böll o Mauriac. Tuve en la mesilla de noche, obras de Quevedo, *Las figuras de la Pasión*, *Stepanchikovo*, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, *La España invertibrada*, *Los cuentos de Chejov* y *Ocnos* de Cernuda que adquirí en Londres sin conocer al autor y que devoré en el tiempo del viaje a Madrid. Libro ya de cabecera convertido en un vademécum desde que sentí la necesidad de conocer a Sevilla para justificar mi amor a ella.

Procedería también citar autores que entraron a formar parte de mi retablo literario con desigual aceptación; unos siguieron siendo referencias, fieles amigos, otros lo fueron sólo en un título o dos. La puesta en marcha de la Colección “*Ancora y Delfín*” amplió el cultivo y difusión del género novela. Sonaron nuevos nombres, bastante de ellos firmando admirables aportaciones (Martín-Santos: *Tiempo de silencio*). Nos iniciamos en esta nueva floración a través de Cela y Delibes sin que nos llegase a originar un especial entusiasmo, salvo Sender. El interés profesional nos marcaría otros rumbos

Nuestra visión o nómina es muy incompleta; las razones muy justificables y es que llegado el momento, tal y como escribió

Salinas, al enfrentarnos con los novelistas más cercanos a nosotros se ha de preferir volver a releer lo que nos gustó, que no leer, por estar al día, páginas que dudosamente mantendrán su vigencia. A parte de estos autores y de sus obras citadas como ejemplo o como prueba de aquella literatura que influyó en mí, existió un núcleo historiográfico decisivo en mi formación cultural. Eran obras que leía y fichaba –materia que retengo– y cuyos títulos de por sí me atraían. Muchos de aquellos libros pasados los años sentí la necesidad o curiosidad de volver a ellos ponerlos en mis manos y comprobar si de nuevo me deleitaban o atraían. En anticuarios, en bibliotecas y en algunas reediciones conseguí *Sin novedad en el frente* de Remarque, que había leído de joven sin levantarme de la silla, *La Historia de San Michelle* y *Lo que no conté en la Historia de San Michelle* de cuyo autor pretendí saber más lo que no acrecentó mi fervor. Una de esas obras, muy importante par mí fue, *Tu alma y la ajena* de Richard Muller-Freienflii; otra *El dolor en la vida y en el arte* por Leopoldo Cortejoso, que más tarde compré en un anticuario de libros y; los Cuentos de Chejov que leí en la cama padeciendo un tifus: *El enamorado de la Osa Mayor*, de Sergiusz Piasecki que acaba de ser reeditada (2006) que leí en La Laguna; no olvido *El otoño de la Edad Media de Huizinga*, y recuerdo, *Melodía italiana* de Eugenio Montes cuya prosa me desvelaba y al que pasados muchos años conocí en una recepción real dada en la Zarzuela a intelectuales. Lo reconocí. Era un viejecito, muy delgado, solitariamente sentado sólo en una silla. Me acerqué, me presenté, lo saludé y le expresé mis gozos juveniles leyendo su obra. No recuerdo que me diría pero lo dejé yéndome triste al contemplarle sin nadie en torno y con la bragueta de los pantalones abierta en el que él ni quien lo hubiese vestido (a no ser, probable, que hubiese tenido necesidad del W.C.) hubiese caído en la cuenta en un fallo propio de viejos.

La pedagogía actual, por otro lado, no ha solventado la lectura de los clásicos, ni los medios de difusión han ocupado el puesto que antes era patrimonio del libro. Si difícil es leer, más difícil es hallar un autor que nos atraiga con sus versos o prosa, aunque como decía Bécquer: *Mientras haya primavera, habrá poesía.*

Conocimiento circunstancial, fruto también de un vuelo New York-Madrid fue el de Gabriel García Márquez. Paseaba un día por

la Quinta Avenida, y al examinar el contenido de un establecimiento Brentanos (creo que ya no existe), me atrajeron las reproducciones de joyas antiguas en gemelos, unas de mis debilidades. Entré y me encontré con libros también a la venta de los que me llamaron la atención por su título e idóneo tamaño para llenar las horas del viaje que me esperaba *La mala hora* y *El coronel no tiene quien le escriba*, ellos fueron el inicio de mi afición por el autor colombiano o en general por la América literaria, de la que sólo me eran familiares *La vorágine*, *Doña Bárbara*, *El Martín Fierro*, *Las tradiciones peruanas* de R. Palma, las novelas de Hugo Wast y la poesía de la Storni, de Concha Urquiza y de Amado Nervo.

Por exigencias de mi especialidad universitaria, me vi obligado a leer autores hispanoamericanos dotados de un bajo valor literario, pero testigos notariales de los problemas de la América Española. Mi desvío hacia la literatura americana en lengua española, tuvo así su origen en dos cursos explicados en la Escuela Diplomática Española, y en los que analicé peculiares problemas hispanoamericanos que la novelística del Nuevo Mundo recogía a veces con más exactitud que un tratado científico. Los temas estudiados, con el respaldo de novelas que, insisto, no ofrecían a veces valores literarios, pero sí testimoniales, fueron diversos, especialmente estudié y plasmé luego en una monografía (*América en sus novelas 1983*) los que consideré más notables. Tales como el problema del Indio (Ciro Alegría, Alcides Arguedas, Manuel Scorza y Jorge Icaza); el dilema del mestizo (Icaza y J.M. Arguedas); el drama del negro (Carpentier, Zapata Olivella, A. Ortiz, R. Gallegos, Díaz Sánchez); los desplazamientos humanos (Rulfo, Spota y Álvarez Acosta); La violencia (Renato Prade, Gómez Valderrama, González León, Germán Guzmán, Mejía Vallejo, Caballero Calderón); el intervencionismo de las compañías fruteras (Miguel Ángel Asturias, Amaya Amador, Efraín Tovar, Carlos Luis Fallas); el problema de la mina (Augusto Céspedes, Fernando Ramírez Velarde, Baldomero Lillo, Otero Silva, Díaz Sánchez); el militarismo, caciquismo y dictadura (Vargas Llosa, Ribeyro, García Márquez, Sábato, Betancourt, Sergio Ramírez, Carpentier, Roa Bastos, Asturias, Uslar Pietri)), el Canal de Panamá (Olivera Malta, Joaquín Beleño); el dilema político-cultural de Puerto Rico (Andreu, Balseiro, Laguerre, J.L. González, Pedro Juan Soto, Esmeralda Santiago

y Rosario Ferré etc.). Asunto que igualmente ha estado dentro de mi interés ha sido el de la superstición y singulares sectas religiosas de las que tuvimos conciencia al indagar sobre la realidad de Puerto Rico. A semejanza del Hermano Francisco de Vargas Llosa, o del santo en el caso de Olivella, o la María Lionza venezolana o la argentina conocida por difunta Correa. En Puerto Rico conocí a los seguidores de la doctrina religiosa debida a la diosa Mita, algo similar a los ejemplos mencionados. Las novelas mencionadas han sido y son vehículos para acercarnos a determinadas circunstancias propias de los países iberoamericanos. Actualmente son numerosos los ensayos analizando el valor que las fuentes literarias tienen para la historia, no coincidiendo los pareceres, como no concordaban ya en la época de Pío Baroja como éste dijera.

De estos autores citados he conocido y tratado a siete: Vargas Llosa, Zapata Olivella, Miguel Ángel Asturias, Ernesto Sábato, Sergio Ramírez, Arturo Uslar Pietri y Francisco de Ayala. El peruano Vargas Llosa en una charla a la que le invité en el Colegio Mayor Hernando Colón en 1974. Nos explicó el andamiaje de una novela tal como él lo realizaba resultándome sorprendente por no ser del oficio saber que uno de los problemas que a veces se interponía entre el escritor y el relato consistía en la aparición, imprevista, de un personaje con el que no se había contado, que no formaba parte del elenco de figuras o personajes que el autor había descrito o creado. La situación, decía él, le planteaba un dilema pues a la figura surgida inesperadamente había que insertarla en el proceso general de la novela. En más de una de las obras de Vargas Llosa se alude a la figura del hombre fuerte, siendo quizá la más representativa de la historiografía tocante a los dictadores la que tituló *La fiesta del chivo*, que no ha convencido a muchos por considerarla casi una versión periodística, a veces inexacta, del régimen de Trujillo al que por cierto solo se le llamó "el Chivo" después de muerto. Con Olivella y Asturias coincidí en Dakar (Senegal), en un congreso organizado por el Presidente poeta Senghor. Olivella, hombre de color, es responsable de una literatura radical, enemiga de los norteamericanos en quienes el novelista pone la culpa de todos los males de la América española. Sostuve con él más de una discusión por cuestiones referidas a la presencia de España en el Nuevo Mundo.

Miguel Ángel impresionaba, parecía un dios maya antiguo. De figura alta a la que ya le resultaban grandes sus trajes. Mostraba un mutismo muy indígena, en tanto que su esposa, Blanquita, era una argentina muy blanca y dicharachera. En mis conversaciones con él (1974), supe que tenía que descansar y concluir el desenlace final de su última novela, a la que él titulaba *Dos veces bastardo* y de la que nunca conocimos su destino. Sabedor de todo ello, le invité a pasar unos días en mi isla de Gran Canaria. Aceptó y allí, según confesó, encontró la salida para los últimos capítulos de su novela. De allí viajó a Sevilla, donde dictaría una conferencia invitado por Buenas Letras. Recuerdo la impresión que le causó la reja del Altar Mayor de la Catedral hispalense, agarrado a sus barrotes se deshizo en elogios. Un día conversando con él inesperadamente, me entregó en un folio de color verde el texto de un soneto que ignoro si se ha publicado, pero considero dotado de suficiente valor lírico tratándose sobre todo de un hombre que escribe en un ambiente tropical un soneto como el que reproducimos y que un día me entregó sin explicarme nada, puro clasicismo: *Mediterráneo mar, joven anciano // Mediterráneo mar, mar de saudade, // Mediterráneo mar, el más humano, // mediterráneo mar, mar de ciudades...// Mediterráneo mar, el más pagano, // Mediterráneo mar de eternidades, // Mediterráneo mar, el más cristiano, // Mediterráneo mar de humanidades. // Mediterráneo mar, mar entre mares // Mediterráneo azul mar de turquesas // azul, azul, azul, azul a mares... // traficante, guerrero, intemporáneo, // Mediterráneo mar, mar de belleza, // Mediterráneo mar Mediterráneo//.*

Pero sería otra anécdota la que me ha dejado un recuerdo lleno de pena. Y fue cuando le conté que visitando su país en 1958, Guatemala, conocí a un matrimonio en cuya casa estuve alojando. A dicha familia, le manifesté mi interés por conseguir un ejemplar de la obra de Asturias *El señor Presidente*. La señora de la casa, generosamente, me entregó el que poseía. Al oír Asturias mi relato, me hizo saber que tal ejemplar se lo había regalado a ella siendo su novio y me pidió se lo regalara puesto que era la única edición que no contaba con erratas de imprenta, y que le gustaría reeditararlo a partir de ese ejemplar. Yo acepté devolvérselo, lo cual me apena hoy.

De las conversaciones sostenidas con Asturias aquellos días exóticos del Senegal, retengo su afirmación de que la lengua no se

lee, sino que se oye . Otra confesión fue que en su mesita de noche tenía a Cervantes y a Quevedo. También recuerdo que cuando le intenté convencer para que escribiera su autobiografía, me puntualizó que su vida estaba escrita en sus novelas, y, glosando a Jorge Manrique, añadió: *mis novelas son ríos de recuerdos que van a dar a la mar*. Algo similar confiesa Francisco Ayala cuando escribe que la biografía de un escritor consiste en sus escritos. Y es que estos recogen realidades, experiencias e intimidades propias.

Siempre he lamentado no anotar sobre la marcha el contenido de las conversaciones sostenidas con personajes que pasaron por mi casa. Sólo de Sábado, que estuvo una segunda vez, aproveché para poner por escrito lo que estuvimos hablando. Vino con Matilde, su mujer. Luciendo un bigote a lo Clark Gable y vestido a la inglesa, con chaqueta blaiser y pantalón gris. Desde siempre lo consideré un buen conversador, que no cesaba de hablar. Entre lo mucho que estuvimos hablando, puedo recordar su elogio a la reina doña Sofía, que le llamó "maestro" al entregarle su discurso, por lo que sobre el cuerpo y del alma había expuesto el autor argentino cuando recibió el Premio Cervantes. Éste le dedicó el discurso a la reina. De don Juan Carlos, comentaba que era hombre campechano y simpático, pero también se mostró duro con los militares del Proceso, que habían destrozado a su país económica, política y espiritualmente. Contó que en caso de un golpe militar, un amigo le confesó que sería de inmediato liquidado por haber presidido la Comisión antigolpista argentina, pero él no cree en un golpe ni en la vuelta de los guerrilleros.

Hizo grandes elogios del Presidente Alfonsín, y se mostró duro con García Márquez, que había ido vestido de campesino a recibir el Premio Nóbel. Pese a que lo detestaba, él lo propuso para el Premio Cervantes junto con Rulfo y Antonio Gala. Al hablar de las tragedias colombianas (volcán Nevado del Ruiz) se preguntó *¿Por qué Dios permite la desgracia de los niños?*, comentándose a sí mismo *los niños y los animales no son culpables, sólo los adultos*. Pareció insinuar como una duda la existencia de Dios, añadiendo que *si el hombre es incapaz de imaginar la infinitud, con mayor razón es incapaz de suponer cómo es Dios*.

También recuerdo al referirse a sus problemas de visión, su mujer Matilde contó que recibía un libro diario, llegando a poseer una biblioteca de más de 10000 volúmenes, la mayoría de los cuales los regalaba debido a su imposibilidad de leer. No así ocurría con sus propias obras, que no las regalaba por timidez, sí en cambio se las enviaba a su hermano de quien sabía no las leería. En relación con su inmediata novela manifestó que trataría de un soldado superviviente de la colonización española en el Estrecho de Magallanes, fracasada, y de la que se salva un soldado que provisto sólo de un arcabuz y caminando llega hasta Buenos Aires.

La limitación o incapacidad de visión que le afectaba, sin embargo, no le apartó de su otra gran pasión, pintar. Se habló mucho de toros y el poeta académico Joaquín Caro demostró su amplio conocimiento del tema. En la conversación, y no se porqué razón o motivo, Sábado a modo de consejo o advertencia, me dijo: *Siempre que encuentres a alguien que te haga desagradable la vida, prescinde de ella.* Buen consejo.

Si importante resulta conocer a los autores y las novelas en las que se pinta una dictadura, mas interesante resulta conocer al dictador. De los que aparecen en los relatos cuyo contenido importaba para novelar un régimen, de los llamados strong-man por los americanos, hemos conocido a tres: Rafael Leónidas, Trujillo, Alfredo Stroener y Juan Carlos Onganía. Trujillo, que nos pareció ligeramente maquillado para disimular unas facciones mulatoides, cooperó con su hermano Héctor, entonces presidente, algunos actos en los que participábamos en un congreso de historia. Visitamos su famosa Casita de Caoba, gran ropero para sus múltiples uniformes. Algunas noches lo vimos paseando seguido de un grupo de amigos, siguiendo al parecer una costumbre. Nos fue dada la oportunidad de ver de cerca y de saludar a un hombre cuyo horrible sistema de gobierno había yo citado críticamente en el número 18 de la *Revista Estudios Americanos*, originando una protesta de la embajada dominicana y la retirada de la citada publicación. Sabiendo, como yo sabía, de lo que era capaz el régimen de Trujillo, que conocía por el famoso libro de Jesús Galíndez, que le costó la vida al autor, no era extraño que no me atreviese a escribir un diario o unas cartas hablando del país por donde yo entré por primera vez a América .

Sucesor de Trujillo fue Joaquín Balaguer profesionalmente, profesor de literatura, y políticamente una prolongación de Trujillo, por lo cual lo incluimos aquí entre los presidentes autoritarios que han servido de modelo a las novelas sobre el dictador. A Balaguer lo saludamos y conversamos con él en dos ocasiones, en los años 1976 y 1977 en que yo, acompañado de un grupo de universitarios sevillanos, fuimos invitados por el presidente a la misa y desayuno posterior que se celebraba en el Palacio Nacional. Balaguer era físicamente un personaje que pasaba desapercibido; bajito, con un pañuelo en la mano, hierático, de piel clara, voz débil, vestido de claro, pero siempre con un sombrero negro, lucía una camisa blanca con puntos azules. Parecía enfermo y durante la ceremonia no se santiguó o persignó una vez. Recibió amablemente un ejemplar de mi *Historia de América*, y me regalaría dedicado muy expresivamente, un espléndido estudio suyo de la prosa colombiana.

A Stroener lo visitamos una comisión española acompañada por el embajador de España Giménez Caballero que alardeaba de ser, por así decirlo, un consejero del militar paraguayo, frente a cuya casa vivía cambiándose impresiones de valla a valla. Cuando entramos en el despacho de Stroener a mi me tocó quedar junto a él en un extremo de la mesa presidencial, una de cuyas gavetas permanecía abierto y en el que se veía una pistola.

Onganía, militar de caballería, representaba en su aspecto ser lo que era, lo que el escritor David Viñas denomina en una de sus novelas *Los hombres de a caballo*.

He conocido a otros novelistas hispanoamericanos en cuyas novelas no encontramos testimonios sobre la realidad americana que buscaba. Pudiéramos relacionar a varios con los que tuvimos trato. Son los casos de: Onetti, Abel Pose y Sergio Ramírez. A Onetti hospedado en un hotel al pie de la Giralda, hubo que buscarle otra residencia porque no resistía las campanadas de aquella; me explicó que le había afectado el haber vivido junto a un hospital de niños anormales cuyos gritos le desvelaban. Se deleitó en mi compañía contemplando un desfile de cruces de mayo infantiles con las que nos cruzamos en el barrio de Los Remedios. De él me ha quedado la afirmación de que *el único compromiso del autor es consigo mismo. Sólo los malos escritores creen que tal compromi-*

so debe ser expresamente político y añadió, ¿Qué me importa perdurar si yo no voy a estar presente para enterarme?.

Con Abel Pose comentamos su obra *Daimon* cuyo personaje el Loco Aguirre utilizado ya por novelistas venezolanos y, especialmente, por Sender en *La locura equinoccial del Loco Aguirre*. Sergio Ramírez, que había sido Vicepresidente de la república del gobierno sandinista, me facilitó un panorama del momento de la literatura centroamericana, y el mismo me regaló su novela *Te dio miedo la sangre*. Para el tema de las dictaduras, incluí a un autor no español y fue así como conocí y traté a Francisco Ayala. Pude conocerlo en Puerto Rico, un día en que estando en el aeropuerto boricua de Isla Verde, me encontré con un colega que me dijo aguardaba el arribo de Ayala procedente de Buenos Aires, pero este vuelo se retrasó, y Ayala siguió siendo un desconocido aunque de él me enteré de todo lo relativo a su positiva labor editorial en la Universidad, donde fundó la importante revista *La Torre*. Para ello contó siempre con el apoyo del rector Jaime Benítez. De su estancia en la isla, Ayala dejaría numerosos escritos, de los cuales destacó entre el mundo puertorriqueño, la novelita *Isla de Macacos* que luego tituló *Historia de Macacos*. Para hablar de Ayala, como él lo hace en ocasiones con una prosa magnífica, incisiva, punzante, de un hombre muy inteligente y muy culto, hay que ser otro Ayala. Este en sus *Recuerdos y olvidos* (1966-2006), evidencia sus simpatías y antipatías. Malévolo con Juan Ramón y esto lo vive Zenobia que en el tomo III de sus Memorias recientemente publicado no cita ni una vez a Ayala, pese a la unión y relaciones que hubo entre el granadino y la pareja. Los olvidos de Ayala sorprenden así como las omisiones de figuras claves en la cultura boricua. No entendemos que no se recuerde y olvide la personalidad y labor cultural de Ricardo Alegría al frente del Instituto de Cultura Puertorriqueña.

En cuanto a la discutida *Historia de macacos* (¿macacos o monos los boricuas?) Ayala explicaba más de una vez el origen de la novelita y que, salvo el ambiente tropical, dice él, nada tiene que ver con la acción ni con los personajes, con la realidad borinqueña. Yo pude conocerle, como dije, pero no fue posible el encuentro, sería más tarde en Sevilla. Volvería a España creo que en 1956. Años más tarde estuvo en Sevilla llevado por una común amiga, Olga Katán, y

yo le invité a participar en una tertulia en el Colegio Mayor Hernando Colón (1966). Sorprendía su memoria, sus afilados juicios, su humor a veces mordaz. Sevilla lo confiesa, le captó enseguida. En ella situó la acción de su novelita *El hechizado*. Volvería en 1996 de nuevo invitado por mí, que como director de la Fundación Focus, había organizado un ciclo de conferencias bajo el título de *La Sevilla de...* Recuerdo que Javier Benjumea, presidente de Focus-Abengoa, me acompañó en una visita que hicimos al novelista en su casa de Madrid, cerca de Las Cortes. Ayala, como siempre, próximo a cumplir los 100 años, desarrolló ante nosotros un ingenio y memoria prodigiosa. En su conferencia en Focus, nos contó cómo es posible situar una acción con visos de realidad en un escenario ideal, no conocido directamente, que era lo que él había hecho en su obra *El hechizado*.

Aunque me he desviado de mi camino, lo que pretendía consistía en demostrar como no me limité a utilizar exclusivamente autores americanos para tratar de los problemas de aquel continente. En el análisis de las novelas inspiradas en las dictaduras, no sólo era preciso citar siempre a novelistas hispanoamericanos, sino a otros como eran los casos de Valle Inclán y Ayala el cual manifiesta que no se inspira en una dictadura de la América hispana y que su dictador Bocanegra, nada tiene que ver con los Somoza nicaragüenses.

De lo que llevamos escrito, y ya entramos en el tramo final, creo que es posible extraer una conclusión: que hemos sido un gran lector, y ello pensamos se debe al ejemplo familiar. Sin pertenecer a una familia de intelectuales, y sin el ejemplo o los medios de algunos miembros dueños de estudios universitarios, quienes fueran mis padres en primer lugar, y luego los cercanos al núcleo familiar, mostraron ejemplarmente una notable afición por la música que lo evidenciaba: una serie de pianos existentes en varios de esos hogares donde transcurrió mi infancia; y casi un vicio por la lectura, un interés por los libros, un deseo de saber, quizás para evadirse del pequeño mundo de su pueblo. Yo mismo, siendo niño leí *Cuentos de una reina* (Isabel de Rumanía, ante cuya tumba ya mayor me sería dado invocar aquella lectura infantil); en la escuela leí *Flor de leyendas*; y ya adolescente *La Cartuja de Parma*, que estaba entre la media docena de libros que una tía-madrina poseía en una habitación, en la que dormitaban también una romántica mandolina y un piano en el que ella teclaba "El lago de

Como”, lo cual pienso era su fórmula para llenar la vida de un matrimonio sin hijos y un perro llamado “Dandy”.

Más que conclusiones, sería un consejo dictado desde mi condición de docente universitario: que se lea y que se escriba, son dos sanos ejercicios. La mejor universidad es una biblioteca escribió Carlyle.

Tenemos por amigo al que está siempre disponible, y no hay mejor amigo que un libro.

Todo escrito implica un cuándo, un por qué y un para qué. Al finalizar las anteriores páginas nos hemos hecho tales interrogaciones. ¿Por qué y para qué las escribimos. Fueron redactadas, mayormente, entre las dos y las cuatro de la madrugada, en días en que molestias personales, ausencias definitivas de amigos o colaboradores, enfermedades de allegados, ocupaciones y preocupaciones tras las cuales siempre había prisa, separaciones académicas, etc., formaron parte de mi entorno.

Había publicado una monografía formada por una selección de artículos de prensa que titulé *Soñando caminos* a la cual seguiría otra para la que escogí un segundo título, sirviéndome nuevamente de los versos de Machado: *Caminos de la tarde* sin caer en la cuenta que un día la acción de **caminar o atardecer** son dos vocablos que me han fascinado siempre y que han ejercido en mí una extraña atracción porque en ellos se encierra lo que constituye nuestra vida, un hacer camino que concluye en un ocaso detrás del cual yace un misterio porque como se preguntaba Machado ¿*A dónde el camino irá?* Dos puntas tiene el camino cantan los chilenos.

Dicen que en el dar los postreros pasos de lo que constituye el último tramo de nuestra existencia, por ejemplo una jubilación, esta suele ser penosa, ya que le acompaña achaques y limitaciones. Ciertamente, conozco personas y amigos que al abandonar el ámbito y la actividad que constituían su motivo de vida, han caído en una especie de trauma, que les conduce a encerrarse sobre sí mismos; a aislarse; a envejecer rápidamente; a incluso convertirse en seres amargados e irritables, sin interés por nada; dispuestos a criticar todo y a no aceptar nada de lo nuevo. Miran de continuo al pasado y no tienen futuro, olvidándose que no vale la pena vivir si no se tiene una razón para vivir. El futuro precisamente es nuestra razón de ser. Sin memoria no existe el pasado, pero sin olvido no

existiría el futuro para seguir proyectando. Hemos de olvidar el pasado que fue negativo. La vida humana está hecha más de olvidos que de memoria. Nuestra capacidad de olvido debe servirnos más que nuestra capacidad de recordar. Sin memoria, por supuesto, no existe el pasado, pero sin olvido no existiría el futuro que es nuestra razón de ser. Estos amigos y conocidos a los que aludía antes, suelen olvidar lo que acabamos de manifestar. Hay que tener presente que para proyectar y hacer cosas, hay que olvidar los desaciertos y frustraciones o fracasos. Sueño eterno del hombre ha sido el quererse bañar en las aguas del río Leteo, río del olvido. A esos, repito, amigos y colegas caídos en una postración un tanto negativa, hay que hacerles ver que la vejez, la jubilación por ejemplo, no es un ocaso definitivo, y que hay que estar atentos al presente. Porque hay un tiempo para hacer, para proyectar, para rectificar o para continuar aunque no hayamos tenido éxito. Hay que vivir para vivir y no para sobrevivir; es decir, hay que persistir en una actividad; hay que continuar decidiendo y eligiendo. La vida es un continuo elegir y decidir. Son estas reflexiones y consideraciones que nos las hicimos al alcanzar una hora que implicaba una separación académica de lo que habíamos estado haciendo toda la vida. Y en lugar de sumergirnos en una quietud malsana, insistimos en ser algo para alguien, y esto es lo que hemos hecho, aunque el repaso de nuestra historia literaria de la impresión de un intento por recrear al pasado para consolarnos de un presente que nos puede resultar ingrato. No ha sido así. Hemos mirado hacia atrás para continuar andando, conscientes de que no hay que olvidar, ni tampoco dejar para mañana el tener ilusiones.